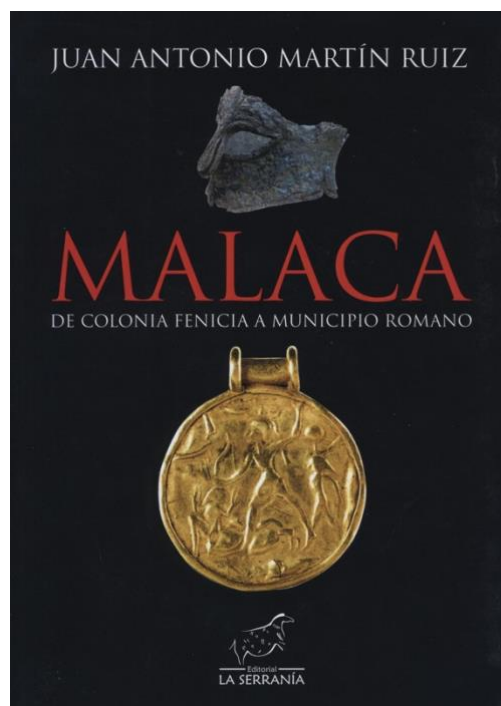


Juan Antonio MARTÍN RUIZ, *Malaca, de colonia fenicia a municipio romano*, Editorial La Serranía, colección Baética, ISBN 978-84-15588-06-1, Ronda, 2018, 130 páginas, ilustraciones b/n.

No cabe duda que en la actualidad sabemos mucho más sobre el proceso colonizador fenicio en nuestras costas que hace tan solo unas pocas décadas, cuando apenas dependíamos de los datos facilitados por las fuentes griegas y romanas junto a unos pocos restos arqueológicos. Ello es extensible a multitud de aspectos como el número de yacimientos documentados, ya se trate de asentamientos o de necrópolis, a los objetos que emplearon en sus actividades, sus creencias religiosas junto a los rituales llevados a cabo, o la influencia que ejercieron sobre las comunidades indígenas con las que se relacionaron a lo largo de varios siglos.



En este sentido podemos indicar que uno de los lugares que a lo largo de los últimos años ha experimentado notables avances en el conocimiento de esta colonización oriental es Málaga, así como de su posterior integración en la órbita de los conquistadores romanos que llegaron para quedarse con ocasión de la II Guerra Púnica. Sin embargo, y a pesar de estos indiscutibles logros, hasta el momento no se disponía de una obra en la que se ofreciera una visión de síntesis rigurosa y actualizada que aborde dicha etapa histórica, tan importante a la hora de conocer los orígenes de esta ciudad, y en la que se conjuga la información que facilitan los restos arqueológicos documentados en las distintas intervenciones realizadas, junto a las fuentes escritas que aluden a esta ciudad, acompañada de una abundante documentación gráfica que facilita su lectura.

Y este es sin duda el mayor mérito de *Malaca, de colonia fenicia a municipio romano*, libro escrito por el Dr. Juan Antonio Martín Ruiz, reconocido especialista en el estudio de la presencia fenicia en el sur peninsular que cuenta con numerosas publicaciones sobre el tema, por lo que resulta ser un buen conocedor del registro arqueológico exhumado hasta el momento en las excavaciones llevadas a cabo. Editado por Editorial la Serranía, cuenta con un prólogo redactado por otro buen conocedor de la colonización fenicia en nuestras costas como es el Dr. Eduardo García Alfonso, si bien es de lamentar, al igual que hace el autor, que muchas de estas intervenciones arqueológicas permanezcan todavía inéditas o hayan sido publicadas solo parcialmente, lo que nos priva de una valiosa información.

En un primer capítulo se realiza un examen de la antigua topografía del lugar, el cual conformaba una amplia bahía hoy parcialmente colmatada en la que destacaban dos elevaciones, una mayor donde se alza la fortaleza medieval de la Alcazaba-Gibralfaro y

otra de menor altura en la zona en la que se yergue la catedral, entre las que discurría un arroyo no muy alejado del río Guadalmedina, habiéndose estimado que la extensión ocupada por este asentamiento sería de unas 6 a 7 hectáreas. Además, se repasan las fuentes literarias de la Antigüedad que citan esta antigua colonia oriental, como Estrabón, Mela, Plinio el Viejo o Avieno, aun cuando lo cierto es que la información que proporcionan es bastante limitada, sobre todo para los momentos más antiguos.

Así mismo, en uno de los apartados se aborda el estado de la cuestión sobre el topónimo Malaca que vemos reproducidos en sus monedas, de manera que se observa cómo tras una tradicional vinculación con la lengua fenicia en la actualidad se valora como más acertado un probable origen indígena. Algo similar a lo que acontece con otros enclaves localizados en la franja litoral malagueña como pueden ser Salduba, Suel o Mainoba por citar tan solo varios ejemplos. Igualmente se hace una aproximación a la zona de influencia de este hábitat, aunque por el momento no resulta factible el deseado nivel de precisión, si bien a partir del siglo V a. C. incluye los yacimientos situados en la desembocadura del río Guadalhorce, tratándose de una zona destinada a acoger instalaciones industriales, por más señas dedicadas a la producción de vasos cerámicos, sobre todo ánforas.

Finaliza este capítulo con una detenida exposición de las diversas fases y hallazgos que se documentan en la zona de hábitat de este asentamiento, el cual se articulaba en torno a una calle principal que enlazaba con una zona de mercado que debió estar próxima al puerto, pero del que apenas sabemos nada. Hasta el momento la cronología más alta constatada se remonta al siglo VII a. C., lo que pone de manifiesto que la ciudad no fue fundada tras el abandono del cercano poblado del Cerro del Villar o incluso el más alejado de Toscanos como alguna vez se ha llegado a afirmar. Sin embargo, la presencia de estructuras indígenas que cabe fechar en el siglo VIII a. C. pone de manifiesto que no se trataba de un lugar deshabitado cuando llegaron estos navegantes orientales. De todas formas, pensamos que no sería extraño que esta fecha pudiera retrasarse algunas décadas, máxime si tenemos en consideración las elevadas dataciones aportadas por otros yacimientos fenicios e indígenas del mediodía peninsular que se remontan al menos hasta finales del siglo IX a. C., en algún caso muy próximo como es La Rebanadilla en la desembocadura del río Guadalhorce.

Dichos comienzos aparecen vinculados con una actividad metalúrgica que también vemos en otros yacimientos fenicios peninsulares con distintas cronologías como pueden ser Morro de Mezquitilla o La Fonteta. En las páginas dedicadas a este apartado se detallan las diversas estructuras exhumadas como viviendas, alfares, murallas, etc., en función de sus distintas dataciones, lo que nos ofrece una amplia visión diacrónica de estos siglos aun cuando es forzoso admitir que el volumen de información disponible varía de unos períodos a otros, pero sin que se aprecien cambios sustanciales en el entramado urbano hasta bien consolidada la conquista romana.

En un segundo capítulo se profundiza en el mundo funerario y religioso malacitano que se remonta como máximo al siglo VI a. C., por lo que todavía no se

conocen las sepulturas más arcaicas, examinando cada una de las distintas áreas de necrópolis conocidas que se distribuyen alrededor de la zona habitada. Además, se aborda el examen tanto de los enterramientos con su variada tipología (hipogeos donde se enterraba la aristocracia local, cistas, fosas, urnas y arquetas cerámicas...), como los ritos llevados a cabo cuando se producía un sepelio, para lo que se emplearon indistintamente la incineración y la inhumación, ofreciéndose la imagen del rostro amortajado de la mujer malacitana más antiguo conocido. Se expone también la información de carácter paleopatológico de que se dispone por ahora, no muy abundante por cierto, y sin que por desgracia los análisis de ADN realizados hayan dado los resultados deseados puesto que no ha sido posible reduplicar los fragmentos de secuencias genéticas obtenidas. Aun así, por vez primera se recopilan todos los datos sobre cuáles fueron las enfermedades que padecieron estas personas, la edad a la que fallecieron y si hubo diferencias en función del sexo, edad o estatus social.

Del mismo modo se hace un minucioso estudio de los objetos que fueron depositados como parte integrante de los ajuares, y en los que encontramos muy pocas piezas foráneas, ya sean éstas indígenas, griegas o romanas, así como la fauna documentada en estos rituales fúnebres que en algunas ocasiones nos habla de la realización de banquetes funerarios colectivos que fueron llevados a cabo por los familiares del finado. Sin embargo, en otras nos remite a un culto a los difuntos o *refaim* al haberse podido comprobar que, aunque fueron quemados, éstos no fueron consumidos como sucede con los restantes, además de advertir la presencia de ofrendas propiciatorias de animales como sucede con un perro que se había colocado en la base del hipogeo de Mundo Nuevo.

En este punto el autor rechaza que el hipogeo documentado en calle Mármoles tenga planta de piel de toro como han defendido sus excavadores, sino que dicho aspecto vendría dado por el hundimiento de sus paredes laterales debido a la fuerte presión ejercida sobre ellas, algo que incluso se intentó evitar mediante la construcción de un contrafuerte interno. De la misma forma, se pone en cuestión que la denominada tumba del guerrero sea, efectivamente, la última morada de un guerrero griego a pesar del armamento heleno encontrado en la misma. Para ello se basa en las interpretaciones dadas a este tipo de hallazgos en otros lugares como el sur de Francia o Italia, los cuales han sido considerados como elementos de prestigio vinculados con las elites de dichas zonas.

En cuanto al aspecto religioso, el autor se detiene en mostrar los espacios de culto conocidos, ya sea dentro del terreno ocupado por la ciudad, en alguno de los cuales se han hallado altares en forma de piel de toro, o bien en sus alrededores como sucede con el cercano santuario del Cerro de la Tortuga. A ellos se añade también la investigación de las divinidades masculinas y femeninas que se adoraban en los mismos, si bien es preciso reconocer que es un asunto necesitado de más investigaciones. En realidad buena parte de ellas nos son conocidas por aparecer en las monedas acuñadas por la ciudad en fechas tardías, las cuales muestran un indudable

carácter astral, y que podrían hacer mención a divinidades como Astarté, Tanit, Melqart o Shemesh.

Ya en un tercer y último capítulo se abordan las distintas actividades de carácter económico que se llevaron a cabo cotidianamente en esta colonia y que muestran una cierta diversificación, junto con la base arqueológica que las confirman, de manera que se plantean cuestiones como el comercio, la metalurgia, la pesca, la agricultura y la ganadería, la alfarería o la cantería... Todo ello sin olvidar las emisiones monetarias que la urbe acuñó en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era, y que muestran una gran originalidad en el ámbito numismático peninsular por sus motivos iconográficos. Finalmente, la obra termina con una completa y amplia recopilación bibliográfica muy de agradecer dada la dispersión de las publicaciones que estudian esta etapa histórica, al tratarse en numerosas ocasiones de trabajos muy especializados y de difícil acceso para el público en general.

Pero no solamente se estudian en este libro los hallazgos realizados en la misma ciudad, sino que también se incluyen otros que, aunque descubiertos en distintos lugares pueden relacionarse con ella. Tal sucede, por ejemplo, con el pecio Mazarrón 2 que ha sido fechado en la segunda mitad del siglo VII a. C. y cuyo cargamento se ha vinculado con Málaga, el cual pone de manifiesto que los antiguos malacitanos obtenían la plata merced a un activo comercio con el levante peninsular, mientras que el estaño procedía del área noroeste galaica, lo que avala que la urbe estaba inmersa en las redes comerciales del momento.

Uno de los aspectos que puede deducirse de la lectura de estas páginas es que el proceso de integración en la nueva sociedad creada tras la conquista romana fue sumamente lento, al contrario de lo que hasta no hace mucho se pensaba, acentuándose de forma drástica a partir del principado de Augusto cuando se produce una auténtica transformación urbanística. Además, queda claro que dicho proceso no afectó a todos por igual, sino que fue particularmente apreciado por los sectores dirigentes malacitanos al ser los mayores beneficiados con el nuevo estatus imperante, siendo notable el hecho de que la lengua fenicia perdurara al menos hasta el siglo I a. C. como vienen a poner de manifiesto algunos grafitos hallados en la ciudad, resultando significativo que también en estas fechas tardías se encuentren signos escritos en ibérico. Así mismo, se descarta completamente la procedencia malacitana de un vaso canopo de origen egipcio que fue publicado como malacitano desde el siglo XVIII, a la par que también se constata el carácter de falsificación de una pretendida inscripción fenicia igualmente conocida de antiguo.

En otro orden de cosas, resulta muy interesante la posibilidad sugerida de que Málaga hubiera jugado un importante papel como centro redistribuidor no solo de cara a las comunidades indígenas situadas en el interior, sino también de otras colonias fenicias instaladas en la costa malagueña, y a los que abastecía de productos propios además de otros griegos y etruscos, sobre todo recipientes vinculados con el consumo del vino, a veces de gran calidad técnica, algo que afecta particularmente a las elites de

ambas sociedades. Ello va en íntima relación con el protagonismo que con el paso del tiempo irá adquiriendo el puerto malagueño, sobre todo de cara a las poblaciones asentadas en la vertiente opuesta del continente africano.

En cambio, el autor se muestra reticente a la hora de aceptar que la evidencia arqueológica existente pueda servir como base probatoria para argumentar la presencia en la ciudad de un barrio griego como se ha defendido paralelizando la hipótesis sugerida para la capital onubense, ya que el porcentaje de materiales cerámicos de origen heleno resulta ser muy reducido y puede haber llegado gracias al propio comercio fenicio. No obstante lo dicho, admite que esta circunstancia no sería en absoluto anómala puesto que su realidad ha podido ser demostrada en otros enclaves repartidos por el Mediterráneo.

Por otro lado, en la obra se cuestiona seriamente la teoría tradicional según la cual Málaga, al igual que Cádiz, se habría convertido en una ciudad federada de Roma una vez conquistada en el transcurso de la II Guerra Púnica, puesto que el autor defiende que debió entregarse como estipendiaria, de la misma forma que sucedió con el resto de las antiguas colonias fenicias con la excepción ya mencionada del núcleo gaditano. Indudablemente esta creencia tiene la ventaja de explicar mejor su posterior participación en la revuelta contra el poder romano que tuvo lugar entre los años 197 a 195 a. C., hecho que no se entendería si hubiera gozado del favorable estatus de federada, siendo necesario recordar en este sentido que Cádiz no se sumó a la sublevación anti romana.

En definitiva, y para concluir estas breves líneas, podemos afirmar que este libro viene a suponer un antes y un después en el estudio y divulgación de la Málaga fenicia, constituyendo una lectura obligada no solo para el lector interesado en profundizar en el conocimiento del pasado más remoto de esta capital andaluza, sino también para el especialista en dicho tema. Tan solo nos resta hacer votos para que en un futuro, que esperemos no sea muy lejano, se hagan públicas las múltiples intervenciones arqueológicas que todavía no se han dado a conocer con el necesario nivel de detalle, lo que nos permitirá sin duda incrementar el caudal de información que tenemos sobre los orígenes de esta importante ciudad, y aclarar así algunas cuestiones que aún permanecen oscuras.

ALFONSO PALOMO LABURU

Instituto de Estudios de Ronda y la Serranía

apalomo.arqueologia@gmail.com

ORCID: (0000-0001-6386-2749)